

EN DEFENSA DEL FOOTBALL

«... y en que se fundan *footballs*, presenciándose, al revés del triunfo de la cabeza, el triunfo de los pies...!!»

(LA REVISTA, núm. 1.)

El Director de LA REVISTA, nos obliga, contra nuestros deseos, á responder á su atenta circular, colaborando para su interesante publicación. Hubiéramos preferido conservarnos en el silencio y la uniforme opacidad de los modestos quehaceres cotidianos. Indudablemente que no por ese espíritu de adusto retraimiento, signo presuntuoso de la estultez intelectual, con que se han galoneado muchas de nuestras inteligencias inéditas; pero si por una convicción personalísima, reforzada por observaciones diarias, que nos dice que poco valemos ahora, que quizá no valdremos nada en el futuro, y que es mucho mejor resistirse á las sugestiones del exhibicionismo, para no confundirse con esa desgraciada turba de incipiencias enfermizas, de precocidades barullentas, de mendicantes intelectuales que revolotean eternamente alrededor de la misma frase, y que empalagan siempre con la misma rima...

Pero, al señor Herrera y Reissig—que, dicho sea de paso, une á brillantes condiciones propias, genialidades de estirpe,—se le ha antojado que nuestra juventud debe descuidar su físico degenerado y misérrimo para gozar del concubinato con sus musas ideales....

Y todavía, haciendo un juego de palabras original y bonito, trata de ridiculizar esa noble inclinación que hácia los juegos atléticos está surgiendo en nuestra muchachada. Nosotros opinamos en sentido diametralmente opuesto. El *football*, como cualquier otra institución análoga, estará desprovista para el espíritu superficial de nuestra raza, de toda cualidad estética, y podrá

parecer algo materialmente grosero para el atroz subjetivismo de nuestra ambulancia literaria.

No lo entiende así una raza, que tendrá menos exuberancias de imaginación, y menores osadías caballerescas que la nuestra; pero que nos aventaja en su mayor espíritu científico y en sus más grandes conquistas positivas; ni hablan así tampoco las últimas conclusiones de la ciencia, ni la historia de las grandes hegemonías del pasado, ni la voz profética del porvenir.

Por otra parte, no podemos comprender cómo es que se pretende que crezca y se desarrolle el vigor intelectual de nuestra muchachada, cuando la mayor parte de ella prolonga sus días á remiendos; cuando todas las vivacidades del espíritu, y todas las concepciones de la mente se debilitan y agostan, y acaban por ceder ante las exigencias de un organismo enclenque y raquítico.

Los estudios fisiológicos de los últimos tiempos, demuestran con pruebas concluyentes que los fenómenos orgánicos y los fenómenos intelectuales guardan una concomitancia recíproca y constante. Si el cuerpo es sano, si se encuentra en sus condiciones normales de robustez, claras, precisas y vigorosas serán las manifestaciones mentales. Toda irregularidad orgánica, todo estado patológico de la fisiología del individuo señala un tropiezo paralelo en las funciones de su inteligencia. ¡Predíquese con esto á nuestros jóvenes, de suyo desidiosos, que abandonen los *footballs* y los gimnasios y se entreguen á las vanas superfluidades de la literatura!

Sin tener las ideas y los conocimientos avanzados de los contemporáneos; sólo con esa poderosa intuición que de sus destinos han tenido siempre las grandes sociedades, los griegos supieron hermanar á su inmortal condición de pueblo sábio, la heroica condición de pueblo fuerte. En la actualidad, la gente sajona, con menos grandeza de sentimiento s pero con mayor robustez de criterio que nosotros, fija la fortaleza indiscutible de la raza, en los innumerables juegos atléticos con que educa á su juventud. Pueblo profundamente práctico, rigurosamente moral, suplanta garitos, casinos y plazas de toros con canchas de *footballs* y clubs de remeros; y mientras nosotros vemos caminar á pasos inciertos por nuestras plazas, esas precocidades macilentas y anémicas, como espectros ambulantes de nuestra chifladura literaria, —ellos crean soldados viriles para la patria, y robustas generaciones para la sociedad.

El talento es patrimonio de unos pocos; la fuerza, de todo ser animado, hasta la última gradación de la escala zoológica. Aquel es innato, la otra adquirida. El primero supérfluo, para las necesidades inmediatas del individuo; la segunda, imprescindible para su conservación y desarrollo.

Nadie niega la evidencia de lo dicho; pero lo curioso es que, entre nosotros, todos se creen privilegiados, y poseídos de geniales condiciones innatas. Nuestra catarata literaria, rasgo patológico de una sociedad enferma, aumenta por días, y entretanto los gimnasios mueren de inanición, se engrosa á cada hora con algún neófito, esos grupos de infelices degenerados que luchan y se denigran mutuamente, como habitantes de un conventillo, que en tal lugar son dignas de habitar las musas de muchos de nuestros escojidos.

.....
Pedro Manini Ríos.

PRIMAVERA

(PARA TÍ.)

Ya vuelve la estación de los amores,
La que forma la música del nido,
Y en los festones del jardín florido
Es derroche de esencias y colores!

La que viste de vívidos fulgores
En tu balcón, al temblador tejido,
Y ofrece miel en el capullo herido
Al enjambre de insectos zumbadores!

La que idolatras tú! — La que derrama
El misterioso tinte que colora
La flor nativa de fulgente llama!

La que es orquesta entre la turba alada,
¡Y arrebol diamantino de una aurora
En la tiniebla ideal de tu mirada!

Ubaldo Ramón Guerra

EN EL BAJO

Mostrame tu palpíte, hermano, dijo Julian Ramirez á su amigo Serafin Gutierrez, el mozo mas ladino y *suertudo*, entre los que llevan ladeado el chambergo y tienen *quebrada* la cintura. — El, se la enseñó estirando el brazo y apuntándola con el dedo.

—Allí la tenés y pa que no la confundás, es aquella morocha que me está mirando con cara de enojo porque he venido demasiado tarde.

—¿No la querés entónces?

—Mas que á mi vida, pero como no hay tiempo pa todas, tengo que dividirme en puchos.

—¡Ah tigre!—Ni Pepe Gallardo.

—Lo que hay que no canto.

—En el Casino.

—Ni pal carnero.

Rufina Colmán, comprendió que los dos amigos hablaban de ella y les dió vuelta la espalda, realmente enojada. La moza era pequeña de estatura, pero bien repartida. Tenía amplias las caderas, el talle fino, el busto desarrollado, el cuello corto pero elegante, rostro espresivo, que animaban ojos negros y rasgados, insinuantes y provocativos. Vestía un traje de fantasia, de tarlatana rosa, salpicada de estrellitas de oro y sobre el pelo oscuro, una moña de tul prendida con una flor de papel encarnado. El baile estaba en todo su apogéo. Numerosas máscaras discurrían por el salon, engalanado con trofeos, cortinas y gallardetes. Los condes y marqueses, de caretas de alambre, embadurnadas de vermellón, pavoneándose, al verse trasformados en caballeros medio-evaes de botin elástico, daban la nota chillona de la aristocracia arrabalera, mientras los negritos de piel lustrosa por el aceite y el negrohumo, hacían sonar las mazacayas de hojalata, en un incesante *trac-tracatraca-trac-trac*, formando una baraunda espan-

tosa que apagaba hasta los gritos estridentes de los vascos de chiripá cuyano, boina punzó y alpargata bordada. Las guitarras empezaban á preludiar una danza habanera, de antiguo corte, con muchos bordoneos y compases de columpio, lentos á veces, á veces rápidos, deteniéndose de pronto en un *silencio*, para lanzarse despues en escala ondulante de notas, que apretaba las parejas, sofocadas ya por el calor intenso de aquella noche de verano. Afuera del salon, en el patio embaldozado, se veía la mesa de refrescos, alumbrada por lámparas de kerosene, colocadas entre fuentes llenas de panales rosados y blancos y botellas oscuras de limonada y tamarindos, y en todas partes las serpentinas multicolores enroscándose ó formando flecos, y los papelitos rojos, anaranjados, celestes y blancos, lloviendo en cascada permanente sobre los tules, las cabelle-
ras y el pavimento seme-
jando granizo irisado.

Serafin observaba desde la puerta de la sala el coloquio que habia entablado Rufina con un payaso pintarrajeado de albayalde y carmin y cuyos manoteos expresaban elocuentemente el estado en que se hallaba el alma de Tony.—Ella le contestaba, tratando de demostrar mucho interés, dirigiéndole miradas ardientes y sonrisas incitantes. En ocasiones, bajaba la cabeza como para hacer ver que las palabras del payaso la seducian, dominando sus sentidos.

Serafin, estaba inquieto y no ocultaba su mal humor creciente. Su amigo trató de calmarlo, conociendo sus arrebatos de *taita* ensoberbecido.—No le hagás caso, le dijo. Todas son iguales. Yo, en tu lugar, «si te he visto, no me acuerdo», y me apretaba el gorro—que la ausencia es como el aire,

que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

Serafin no lo escuchaba.—De repente, le preguntó:

—¿Lo conocés, Julián?

—Creo que es el hijo del puestero Enrique.

Él, lo sospechaba, pero ahora no le quedaban dudas. Era el mismo, su eterno rival, hasta hace poco desdenado y en estos momentos talvéz preferido, en castigo de sus inconstancias. Aquel *gringo* lo cargaba bastante y la flecha envenenada de los celos se clavó en su corazón, como otras veces, aunque antes no sintiera tanto daño. Y la muy falsa se atrevía á coquetear con ese

tipo á su propia vista. No faltaba más. De él no se burlaba nadie, ni menos ella. Ni que fuera un *bacan* sin vergüenza.

Una máscara, alta, flaca, de pelo rubio, tirando á rojo, con artífaz de terciopelo negro y dominó de cretona ordinaria, al pasar cerca de Serafin, le dijo en voz alta, para que todos la oyeran:

—Ché, Serafin, Rufina ha bailao en grande con el hijo del puestero. Creo que te ha bolseao.—Guardáme la cria de la galleta.

Como una ola de cólera salvaje, sintió que la sangre le quemaba el rostro. Quiso reir, pero no pudo. Le latían las sienes. Un músculo en tensión, le tiraba hacia arriba el labio superior tembloroso. No pudo contenerse, y gritó á la máscara, que ya estaba lejos:

—Mentis, ché, y aura lo verás.

Y de un salto se plantó frente á Rufina. Ésta permanecía siempre de espalda, pero su novio la interrogó resueltamente:

—¿Querés bailar, prenda?

—Estoy cansada y además comprometida.

—¿Y quién es el afortunao que así te ha rendido?

—Ha de ser alguno que sabe apreciar lo bueno, y no lo trata como á carne de perro.

—¡Ah, china! Y cómo se retoba. Pero mirá, no te priendas fuego, porque yo te apago.

—No sé con qué manga.

—Con ésta.

Sonó una bofetada.

Casi simultáneamente, el payaso, con un movimiento rápido, hundió su daga hasta el mango en las entrañas del amante despechado. Serafin rodó por el pavimento, manchando las serpentinas con la sangre que abundantemente manaba de la herida. Rufina se arrojó sobre el cuerpo de su novio, aun animado por un hábito de vida,—pasóle la mano por la nuca, y lo acercó hacia sí oprimiéndolo contra su seno. Después le besó en la boca con ansia. El moribundo, en un estremecimiento final, abrió los ojos sin mirada, y volvió á cerrarlos para siempre. Las máscaras habían enmudecido. En el rincón penumbroso de la inmensa sala, las guitarras bordoneaban los últimos compases de la danza habanera.

Santiago Maciel.

Buenos Aires, Agosto 28 de 1899.

LAURELES

Á MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.

No hay mujer en mi patria—que pulse la lira
Y que encienda en sus cuerdas—la llama creadora,
Que destella el talento,—que en lumbre sé inspira,
Y desborda en torrentes—de luz seductora,

Como tú, donairosa—poetisa sublime,
Forjadora de ensueños—que luego transformas
En la mágica estrofa—que lánguida gime,
O en el verso valiente—de espléndidas formas.

Tu palabra cautiva,—cual dulce suspiro,
Tiene imán poderoso—que lleva las almas,
Cual pampero que arrastra—potente en su giro
A través del espacio,—rumores de palmas.

Yo, que vivo á la orilla—del árduo camino
Que conduce á la cumbre—del monte Parnaso
Y presencio las penas—que inflige el destino
Al que quiere sin freno—domar al Pegaso,

Al sentir la armonía—sublime y brillante,
Con que envuelves y esmaltas—tu audáz pensamiento,
Me descubro y saludo—tu numen radiante,
Y te envío estas flores—en alas del viento.

Yo comprendo ese fuego—celeste que inflama...
Y he sentido y valoro—los versos triunfales
Con que trazas los arcos—gigantes de llama,
Esos iris que marcan tus vuelos geniales.

Esos vuelos inmensos—de alajes andinos,
Con que vés á regiones—de espíritu nuevo,
Desde donde regresas,—con fuegos divinos,
Que arrebatas del nimbo—sagrado de Febo,

Y en torrentes desbordadas,— de ardientes colores,
Sobre puros cristales,—azules y tersos,
Que traducen, en bella—cascada de flores,
Armoniosos y dulces,—tus fáciles versos.

De diamante es el estro—que anima tu lira
Y al rasgar, inspirada,—sus cuerdas sonoras,
Se retiran las sombras,—tu canto suspira
Y en raudales de vida—se inflaman auroras.

Hay, María, en tus versos—aromas florales;
Y fantásticas lumbres;—y música grata;
Resplandores de gloria;—cantar de zorzales;
Embriagueces de trébol;—suspiros del Plata;

Pensamientos sublimes,—que el genio electriza;
Expresiones triunfales,—que el genio dardea,
Y la magia brillante—que todo idealiza
Con los áureos reflejos—de lumbre febea.

Te imagino, María,—de pié, junto á un lago,
Que se envuelve en las gasas—espesas de Junio,
Que desgarran los soplos—del céfiro vago,
Y que apenas alumbra—pluvial novilunio,

Pronunciando, inspirada,—sagrados conjuros,
Que disipan la sombra—con vivos destellos:
Así eléctricos radian—tus ojos oscuros,
Y se nimban de gloria,—tus negros cabellos.

Así el astro del día—domina el espacio,
Abrasando en su llama—negruras y tules
Que difunde en un éter,—de vivo topacio,
Donde corren alegres—los aires azules.

Yo te veo, María,—llegar á la cumbre
Circundada de rayos—de luz celestiales
Yo te veo, poetisa,—vestida de lumbre,
Arrancando á tu lira—canciones triunfales.

¡Que laureles y palmas—coronen tu frente!
¡Que tu plectro levante—gentil armonía!
¡Que la estrella del genio—fulgure en tu mente
Y que siempre, dichosa,—te alumbre, María!

Pedro Ximenez Pozzola

OTOÑO

MELANCOLIA EN UN ACTO

PERSONAS

- Celeste*—36 años.
Julia—25 años.
Maruja—10 años.
Juanito—8 años.
Maurés—50 años.
Alberto—30 años.
El jardinero—60 años.
Una criada—24 años.
Una mendiga—60 años.

Vestíbulo en una casa quinta. Paredes blanqueadas. Fondo de cristales, que dá al jardín, y por el cual se ven los árboles ya amarillentos y un melancólico cielo otoñal. A la derecha (del espectador) puerta que se supone da á las habitaciones interiores. A la izquierda, chimenea con campana, en la cual, sobre un fuego de leña, cuelga un enorme tacho de cobre. En la pared del mismo lado, una batería de cocina muy reluciente. A la derecha, una mesa de pino y dos ó tres bancos redondos, de madera. En la pared de la derecha colgados, arneses, monturas, látigos y riendas—En primer término, brocal de un pozo con roldana, cadena y cubo.

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

El Jardinero—De pié, junto á la mesa, colocando la fruta en hileras—*La criada*, contando la fruta.

Criada—Tres docenas escogidas, hay aquí...

Jardinero—Y son Angulemas de las mayores. Fijate en ésta. (Levantando una pera.) Por lo menos pesa dos kilos...

Criada—Que barbaridad!

Jardinero—Es del peral grande que está junto á la cerca... Por cierto que el tal arbolito me ha costado ayer un disgusto...

Criada—(Sacando más fruta del canasto que sostiene el jardinero) Si, eh?

Jardinero—Por causa de ese demonches de Pedrin, mi hijo, á quien ya le he dicho mil veces que la señorita Angustias no quiere que nadie trepe al peral.—(Bajando la voz) Y esta mañana ha trepado y creo que el muy gloton se ha comido la mitad de la fruta... La cara que me vá á poner la señorita!

Criada—Y como vá á saber?

Jardinero—Toma!... Porque cuenta la fruta que hay en los árboles!... Cuando sale de mañana, á pasear por el jardin, como ella es así... vamos... tan campechana y tan francota, conversa conmigo las horas largas, y veo que se fija en todo. Ella sabe que la parra del moscatel dió éste año más racimos que el otro... como sabe cuántos huevos ha puesto la gallina ceniza, y cuantos dias lleva ya, la pobrecica, sobre la nidada... Si la señorita siempre está en todo!

Criada—Eso si... Es el alma de la casa.

Jardinero—Y buena... como el pan!

Criada—Más que buena: es casi tonta de pura bondad.

Jardinero—Micaela!... Está feo hablar así de un ama que te considera!

Criada—(Colocando la fruta en las fruterías.)—Si eso no es hablar mal!... Pero nadie me quita de aquí (Señalando la frente) que la señorita podía ser mucho más

LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



SAMUEL BLIXEN

feliz de lo que es... si no pensara tanto en los demás!

Jardinero—(Dejando la canasta en el suelo.)—Que la señorita no es feliz?... Y qué le falta?

Criada—Pues... lo que á todas las solteras... casarse!

Jardinero—Pues si fuera así... no le faltarían hombres que arrearan con ella... demonches!... Pues poco hermosota que está la señorita! A veces cuando la veo pasar de mañana por entre los árboles, mirando á las casas como si les tuviera cariño, y con una sonrisa en los labios que parece una luz... vamos!... que se me pone, que es la Señora Virgen que había en la iglesia de mi pueblo cuando era mozo, y que ha bajado de su retablo, y está entre nosotros por capricho... para consuelo y alivio de los que necesitan...

Criada—(Riendo) Señor Eusebio... señor Eusebio... que parece Vd. enamorado... y eso está feo en un vejstorio.

Jardinero—Mira, tú, Micaela... sabes lo que digo?—Pues que es verdad!

Criada—Y lo confiesa... con sesenta años encima!... Pues dèse Vd. un limpion!

Jardinero—Y que tiene eso?... De la señorita Celeste debe enamorarse por fuerza todo el mundo, porque sí, porque está en la tierra para eso, para hacerse querer... Cuando tuve al chico enfermo, hace un año, con aquellas viruelas que daban miedo... ¿quien pasó noches enteras velando al pobrecito, y curando con sus blancas manos la asquerosidad de las llagas?... Fué ella. Cuando me escribió mi hermano, por aquel embargo que le habían hecho de su terruño en Galicia, ¿quien me dió el dinero para reducir la deuda?... Pues ella... Y si es así, más buena que la misma providencia, ¿que te extraña que la adore como á una santa? (Recoje la canasta) Sabes lo que te digo que á veces, cuando estoy muy necesitado de alguna cosa, y me dá vergüenza pedirselo á Dios en el rezo de todas las noches, como con ella tengo más confianza... se lo rezo á ella... y me lo concede!

Criada—(Rie) Ya chocheamos, señor Eusebio... (Corriendo hácia la chimenea) Ay!... Que se vá á quemar el dulce... Ayúdeme Vd. hombre! (Separan el caldero. La criada revuelve con la cuchara de palo; luego prueba el almíbar) Nó, nó está en punto todavía. Pruebe Vd!... (Le dá á probar).

Jardinero—Parece que está bueno.

Criada—Sí. Pero á la señorita le gusta más espeso el almibar... Tiene la vanidad de sus postres.

Jardinero—Es su única vanidad.

Criada—El que se case con ella, no sabe las dulzuras que le esperan... Con tal que no se empalague...

Jardinero—(Con enojo)—Micaela!

Criada—Vamos, señor Eusebio... es una broma!... Por suerte, el señor Maurés es goloso, y todo se combina...

Jardinero—Y que tiene que ver?...

Criada—(Bajando la voz)—Es el pretendiente de la señorita... Un señor que viene muy amenudo...

Jardinero—Uno alto, con el bigote cano?...

Criada—Ese mismo... Es ingeniero, rico, y bastante simpático apesar de sus cincuenta años.—Todavía dá golpe. Es un buen partido para la señorita, que ya debe rayar en los cuarenta...

Jardinero—Es como si tuviera veinte, porque está más fresca y más lozana!... Y algunas muchachas conozco yo, que se darían con una piedra en los dientes, por tener sus ojos, y su cutis sin arrugas, y su... Mira; tú, por ejemplo, al lado de ella,... pareces mucho más vieja!

Criada—(Picada)—Señor Eusebio!... que está usted exajerando!

Jardinero—Y si, vamos, si estuviera en el caso de... elejir entre las dos... por estas que son cruces!... me quedaba con ella...

Criada—Haría usted una barbaridad... (con malicia) se lo aseguro!

Jardinero—Pretenciosa! (Se dirige vivamente hácia el fondo).

Criada—Grosero!

Jardinero—Desagradecida! (Váse haciendo un gesto de enojo).

Criada—(Con rabia) Adulón!... (Ve entrar á la señorita Celeste, y se echa á reir). ¡Que señor Eusebio, éste... siempre tan bueno y contento!...

Samuel Blixén.

LA MOROCHA

Á LA DISTINGUIDA SEÑORITA TERESA ROSSI.

Tiene labios de coral
Como las ceibas de rojos,
Y unos ojos negros, qué ojos!
Que iluminan el zauzal.
Tiene cantos de zorzal,
Tiene arrullos de paloma,
Tiene perfumes de loma
Que se enciende con el sol,
Y tiene luz de arrebol
De una aurora cuando asoma.

Tiene las trenzas sedosas
Y negras como las penas,
Son redonditas y llenas
Sus lindas mejillas rosas,
Sus pestañas voluptuosas
Se entornan con tal encanto,
Que si una gota de llanto
Queda en ellas suspendida,
Vale esa gota una vida
Para aquel que la ama tanto.

Derrama cuando camina
En torno de ella un clareo
De luz y sombra, que creo
Que algo extraño la ilumina,
Y si graciosa se inclina
Para cortar una flor,
Se columpian con primor
Dos capullos frescos, suaves,
Que dan envidia á las aves
Para su nido de amor.

Linda es su frente serena
Que nuestro sol ha tostado,
Y en su acento delicado
La voz de su alma resuena.
Con esbeltez de azucena
Se iergue su airoso talle,
Y aunque me pide que calle
Su nombre, que no conoces,
Yo te diré á grandes voces
Que la llaman «Flor de Valle».

Dorila Castell de Orozco.

DE TAX

En el album de la señorita María
Cristina Ruano.

El Deber es como elemento natural que los hombres pueden exigirse reciprocamente.

Es como el agua, el aire y la luz que no entran en el comercio de la humanidad.

El Deber como la luz es gratuito.

En cambio, la violación del Deber se paga á peso de oro, como piedras finas.

No todas las piedras preciosas, sin embargo, se consiguen á precio de oro.

La mujer de diez y seis años, con sus facetas luminosas de gracia, de belleza, de inteligencia, se adquiere con la adoración, la ternura, la juventud radiante, el mérito moral de gallardo mancebo, ansioso de realizar las nobles tendencias de la vida.

¡Cuánto deseo que el adquirente de María Cristina logre sustraerla de tristezas, cerniéndola en las idealidades del amor, del brillo y de la fortuna!...

Si es dado á los viejos amigos decir una palabra, que nunca será la última, como dice el pensamiento que precede al mio, me tomo la libertad, acercándome al oído de la dueña de este album, de decirle una frase:

Ama, perdona y sigue amando.

Toófilo E. Diaz.

SOMBRAS AMIGAS

LA CARIDAD

Es el mundo tu templo donde hay flores
Que embalsaman el cáliz de su altar;
Oraciones que endulzan los dolores,
Candorosos bullicios del hogar.

Al pisar los umbrales de ese templo
Mi espíritu se llena de fervor:
Cada salmo que escuché es un ejemplo,
Es un himno purísimo de amor.

Allí, donde el incienso que se eleva,
 Con los giros que da cada espiral,
 La esperanza en el alma se renueva
 Como nubes de un aura celestial.

Allí, donde la lámpara sagrada
 Oscila bajo un cóncavo de azul,
 Se percibe á su luz otra mirada
 Y en su esfera de tules, otro tul.

¡Cuánto brillo de paz se extiende en torno
 Entre celajes de sutil vapor!

¡Cuántas hebras doradas, cuánto adorno
 Levantan á los cielos su esplendor!

La píxide que guardan sus altares
 Tiene á miles rodelas de otro pan:
 Son las hostias que sacian á millares
 De esos tantos que lloran y que van;

De esos seres que ruedan por el mundo
 Sin abrigo ni techo protector,
 Que llevan por su senda lo errabundo,
 La miseria y el ¡ay! de su rigor....

Entra al templo y atiende desdichado
 Cuántos premios aguardan tu altivez;
 No importa tu bautismo, eres honrado,
 Y en este templo tu conciencia es juez....

El órgano vibrante de su coro
 Derrama los acordes de otra voz,
 Son cadencias que encierran un tesoro
 Porque vienen de arriba, desde Dios.

Allí donde la aurora resplandece
 Por la espaciosa ojiva secular,
 Solamente el avaro se estremece,
 No halla un nicho siquiera donde orar.

Mas el preste que oficia, que alza al cielo
 La copa rebosante de dolor
 Para ver descender en rauda vuelo
 La silueta de un Dios reparador

¡Con qué fé, con qué aliento, con qué vida
 Apura el néctar redimido ya!
 Y ante el fervor de la oración sentida
 Cuánto creyente á prosternarse va!....

Todo incita á pensar; tiene su credo
 Las premisas más altas del deber
 Que se aceptan sin dudas y sin miedo,
 Sin el terrible miedo del *no ser*.

No hay allí rebuscados aforismos,
 Ni misterioso salmo doctrinal,
 Sus cantos son endechas, y los mismos
 Que eleva desde un tiempo inmemorial.

Y es esa mi creencia
 La fé que me subyuga,
 Realzar á la conciencia
 Si en su misión eniuga
 Las lágrimas del misero,
 Del hijo del dolor.

¡Oh Caridad divina!
 La luz de tus altares
 Virtud y fé ilumina
 E inspira los cantares
 Si evocan en sus disticos
 El fraternal amor.

Tú has sido el blando acento
 De paz y de ternura,
 La sávia y el aliento,
 La calma y la ventura
 Del desgraciado náufrago
 Que arrastra el vendabal.

Por tí llegó á su puerto
 Sin ansias ni temores,
 Y allí, en un cielo abierto
 De límpidos colores
 Fortificó su espíritu
 Con céfiro estival.

A la voz de tus mágicos labios
 Y á la luz de tu frente radiante,
 Se levantan en coro triunfante
 La hermandad, la esperanza y la fé.

Y ante el aura de ingrátidos pliegues
 Que en tus gazas y flecos ondula,
 La oración de los buenos modula
 Quien tan bella y tan alta te ve.

Tú la antorcha inmortal de los siglos
 Que levantas hospicios y cunas,
 Y que arrancas á tiempo fortunas
 Que les den consistencia y verdad.

Tú la tierna sibila que aplacas
 Con plausibles secretos el llanto
 Cuando extiendes tú fulgido manto
 Sin que asome tu misma beldad;

Yo te adoro en mis férvidas notas
 Y en el alma tu imájen venero,
 Yo al calor de tus alas espero
 Ver surgir la humanal redención.

Es tan solo en tu templo que late
 La suprema misión de la vida,
 Porque solo en su fondo se anida
 Todo un mundo de paz y de unión.

Que en tí fijen los pueblos su salvación instable
 Si en la existencia gladian la fuerza y la razón,
 Que esculpan sin temores de duda imperdonable,
 De la oración bendita que alcanza lo palpable
 Los credos de una nueva y augusta religión.

Entonces solamente cuando esos credos cundan
 Y en hechos se transformen su luz y magestad,
 Vendrán aquí los pueblos, si en paz y gloria abundan,
 Para adorar las causas que tu visión circundan
 Con protectores mantos de un Dios de caridad.

Nicolás N. Piaggio

DE MI CARTERA

La humanidad, para dormir tranquila, suele preferir á las nuevas comodidades que hace posibles el progreso, el ya usado y desmedrado colchón de los hábitos tradicionales.

En un padre nuestro en francés que tengo á la mano, veo que se dice en vez de aquello de acreedores y deudores: *et pardonnez nous nos offenses comme nous pardonnons à ceux qui nous ont offensés*. La reforma, desde el punto de vista económico cuando menos, vale la pena de meditar-se.

No viene de golpe la muerte, como el vulgo cree: morimos como el día en el crepúsculo, como el mar en la playa, como nave que se aleja en el mar. Lo que hay es que llaman muerte á la última, la que nos lleva al sepulcro.

Muchos hombres, después de afirmados en el poder, dicen como Alejandro á la ciudad que quería abandonarle la mitad de su territorio y de todos sus bienes: «He venido acá, no para recibir lo que queráis darme, sino para que conservéis lo que quiera dejaros.»

Creerse por encima de su profesión, suele ser el medio más seguro de estar por debajo de ella.

Entre nosotros suele pasar una cosa análoga á la que les acontece á los indios m'bayas, de que nos habla

Azara: los muchachos antes de casarse hablan de otra manera que después de casados.

En las luchas cruentas de nuestra historia no hemos salido jamás de una revolución sino para entrar en otra. Diríase que, después de lograda nuestra independencia, no nos ha sido dado abandonar la fratricida espada, á semejanza de aquel soldado español que, tras combate reñidísimo con los heroicos araucanos, no pudo desprender durante largas horas la enrojecida mano, de la lanza que con singular denuedo había manejado en el combate.

Como el horario y el minuterero de un reloj, algunos matrimonios se aproximan durante media hora para separarse durante la media hora siguiente.

Hay oposiciones á los gobiernos, que tienen gracia. Los que las constituyen son hábiles en sus recursos para embaucar al pueblo. A nadie combaten porque sea sincero, porque sea honrado, porque sea leal, sino por canalla y por pícaro; pero para ellos no existen ni más pícaros ni más canallas que los hombres sinceros, honrados y leales.

Entre los romanos era de mal agüero el encuentro de un negro, «monte de humo» que diría el Sancho de Avellaneda. Si entre nosotros existiera semejante preocupación, nadie podría poner los pies sin grave riesgo en nuestra Repartición de Correos.

Creen á menudo los gobernantes, engañados artificialmente por el adulador cortejo de hambrones palaciegos que los acompañan, que el pueblo aplaude sus actos más reprobados y sus más desatentadas medidas. Esto me trae á la memoria una caricatura que he visto en el *Kikerike* de Viena. El *Kikerike* de Viena, periódico de caricaturas, sacó la del maestro Wagner durante la representación de una obra suya. — Ya ve usted, amigo, dice Wagner dirigiéndose al periódico, que aquí hay quien aplaude.—Se equivoca usted, maestro, responde el periódico, lo que hacen estos desgraciados es llevarse las manos á la cabeza.

Del famoso astrónomo Tico Brahe se cuenta que si al salir de su casa topaba con alguna vieja, se volvía á

ella por temor de algún suceso desgraciado. Y tendría sin duda razón cuando lo hacía, porque Tico Brahe era hombre que veía lejos.

Hay individuos puros en su vida pública, á su manera. Aunque hayan figurado, ó hecho figurones, en dos ó tres administraciones abominadas, creen guardar incólume la prenda ha tiempo perdida de su virginidad política, celestinas que venden, como la clásica, muchas y repetidas veces por puro é intocado, lo que dejó de ser puro desde el mismo instante en que comenzó á mercarse en la alegre y funesta feria del vicio.

Para obtener el progreso político de las sociedades, los mayores esfuerzos deben tender á asegurar en lo posible la conservación de los adelantos obtenidos, porque en las sociedades, como en los seres vivientes, se cumple el aforismo de Ribot: «Lo último que se ha adquirido es lo primero que se pierde»

Las personas que aguardan de otra un servicio, se descubren en su presencia con un movimiento, quizás inconsciente, de su brazo derecho. Prestado el servicio, ó cuando ya no lo esperan, todavía les sigue el movimiento del brazo, á los agradecidos para saludar, y á los ingratos, que son los más, para hacer, en presencia de su antiguo benefactor y á su salud, cortes de manga.

Fácil es conservar la reputación y el buen nombre haciendo de apóstol de una infecunda castidad política que consiste, como ciertas obligaciones civiles, en no hacer. Lo difícil es entrar á la lucha, y salir ileso; meterse en la sucia cocina de la política, y no retirarse manchado; vivir, no despreciar nada de lo que es honesto, y no contagiarse, siendo hombre, pero hombre en la acepción que quería Terencio, no permaneciendo uno ageno á nada de lo que es humano. Cualquiera conserva sin suciedad las uñas en su raíz; no todos, ni con mucho, las llevan limpias en las puntas.

Cárls Martínez Vigil

KARA KOUTIÉ (1)

LEYENDA DE LA WARE (AMÉRICA DEL NORTE)

Es la mas alegre vida
Sombra de una breve noche.

Tan cerca, tan unida
Está al morir, la vida!

Rioja.

I

Manto espeso de eternas nieves cubre
Los altos Alleghanes,
Como blanco sudario que envolviera
Un inmenso cadáver.

Y, como herida que en su espalda abriera
El hacha de un gigante,
Raya el desfiladero en la montaña
Su grieta formidable.

Por cuyo fondo bramador torrente
En tormentoso cáuce,
Salta, rebota y espumoso corre
Hasta salir al valle.

Luego el caudal de sus brillantes aguas,
Que de la altura cae,
Se precipita al Mukinghúm, el río
De la corriente grande.

(1) Terminada la publicación de este Poema, emitirá sobre el mismo un juicio crítico el señor Julio Herrera y Reissig.

Y ya traspuesto, el rocalloso paso
 Cóncavo seno expande,
 Seguro asilo á la guerrera tribu
 Que en él su wighwam alce.

El «Turtle-Creek» previene la sorpresa,
 Que solo estrecha calle
 Camino ofrece entre el ciclópeo muro
 Y la sima insondable.

Es callada la noche; solo el grito
 De las nocturnas aves
 Turba el silencio y el reposo augusto
 De aquel lugar salvaje.

Cómo de invierno, triste y aterido,
 Forma rudo contraste
 Con la celeste bóveda estrellada,
 El nevado paisage.

Ni la más leve brisa el bosque agita
 Moviendo su ramage,
 Todo duerme en el campo solitario
 Del indio Delaware.

Adustos centinelas, de ese campo
 Protectores penates,
 Alzan á trechos su silueta obscura,
 Como estátuas de carne.

Sus alas invisibles en silencio
 El sueño, á veces, bate
 Para adormir en su vijilia á aquellos
 Inmóviles cariátides.

Misterio y soledad! La sombra esquiva
 Repliega su ropage
 Bajo las ramas de los altos pinos,
 Alerces y nogales.

Misterio y soledad! En esa hora
 Descorre sus cendales
 Naturaleza, y el mortal comprende
 Que solo Dios es Grande!

II.

En el puro azul del cielo
 Brilla la luna serena,
 Sobre su lecho de arena,
 Corre lento el Mukíngúm;
 Y cerca de la ribera,
 En su plateada corriente,
 Se columpian muellemente
 Las canoas de abedul.

En su campo el *delaware*
 Descansa de la fatiga,
 Mientras centinela amiga
 Velando su sueño está.
 Que, en la vida del desierto,
 El *piel roja* prevenido
 No fué nunca sorprendido
 En su marcha ó su *wighwam*.

Y solo, en noche tan bella,
 Silenciosa y recatada,
 Cortar la linfa plateada
 Una canoa se vé,
 En la que firme bogando
 Para subir la corriente,
 Alza su busto valiente
 El *sachem* Kara-Koutié.

En un remanso del río,
 Do tranquila duerme el agua,
 Hace atracar la piragua
 Que deja sin amarrar,
 Y ágil salta á la ribera
 Con el alma alborozada,
 Ansiando ver á su amada,
 Trás larga ausencia fatal.

Por muchas *lunas*, osado,
 De la guerra en el sendero,
 Al invasor extranjero
 Combatió Kara-Koutié;
 De su *tomahawk* el mango
 Once muescas luce, fieras
 De otras tantas cabelleras
 Que arrancó á los blancos, cruel.

El *Ockimaw* de sus padres
 Le protegió en la pelea,
 Y de su tribu la aldea
 El guerrero vuelve á ver,
 Esperando hallar en ella
 Digno premio á su victoria
 Y soñando con la gloria
 Y el amor de una mujer.

Por eso, al llegar gozoso
 Al *wighwam* que su alma encierra,
 Su fiero canto de guerra
 Hace alegre resonar,
 Creyendo que siempre pura,
 Como la lumbre febea,
 Fiel á su amor Moyamea
 A su voz responderá.

Adriano M. Aguiar.

(Continuará)

LA RAZA DE CAIN

II

.....

Guzmán como siempre, después de mucho vacilar optó por quedarse.

Al verse sólo, con la pipa en la boca y hundido en la mecedora de paja, debajo de las amplias hojas del soberbio banano que en el medio del patio crecía, sintióse feliz. Guzmán había llegado á replegarse enteramente sobre sí, como todos los sensitivos é impresionables para quienes la vida es demasiado ruda y á cada paso se sienten heridos por ella. Sus ideas y gustos exóticos empezaron á aislarlo, las rozaduras que le producía el comercio de los hombres lo retrajeron más aun, y el sentirse diferente á los otros y acaso superior, hizo estallar el orgullo y el despecho, de los que se creen mal apreciados, y que se encerrara en su torre de marfil. En medio de todo era un corazón expansivo que, por no encontrar éco en los corazones extraños, seguía sus propios movimientos y escuchaba sus propios latidos.

Y por todas estas y aquellas causas, y también por su incurable escepticismo, dejó de *querer*, de *obrar*, dejó de vivir, en una palabra, para solo *sentirse vivir*. El relajamiento de la voluntad que padecía tomó entonces un cariz alarmante. La menor resolución le costaba inauditos esfuerzos, no solo porque sentía miedo de

LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



CARLOS REYLES

obrar, sino porque analizaba demasiado las ventajas y desventajas, el pró y el contra de éste ó aquel partido y naturalmente, de esa manera el decidirse era asunto peliagudo y laborioso. "Haré esto ó lo otro; éste tiene tales ventajas y aquellos inconvenientes; si lo hago me expongo á sufrir estas consecuencias, pero puedo obtener también algunos resultados que no obtendría haciendo lo contrario, lo cual, por su parte, puede acarrear beneficios que no alcanzaria por ningún otro medio. Qué hacer?... y después de todo lo mejor es no hacer nada; haga lo que haga el mundo seguirá rodando... y no tomaba ninguna resolución.

El afán de perfección y el idealismo de los solitarios, contribuyeron también á cortarle los brazos para toda tarea, porque toda tarea le parecía imperfecta, insignificante, poco trascendental para los anhelos de su alma enamorada de lo absoluto. Desesperadamente fantaseaba algo para salir de la inacción que lo humillaba; quería verse arrastrado por el torrente de la vida, ansiaba luchar desplegando como un barco sus poderosas velas, las energías, las riquezas de la juventud... pero pasada, las efervescencias del primer momento su poca fé en la vida y la árida conciencia de la nulidad de los esfuerzos humanos, lo hacía sonreír irónicamente delante del efímero espectáculo de toda actividad, y sentir el profundo desprecio de sí mismo y de los otros. La náusea de todo destino.

Además, las terribles dificultades, los obstáculos que para vivir es necesario vencer, lo anonadaban físicamente; sentíase desmayar como el gladiador desangrado que cae vencido y sólo tiene fuerzas para apreciar la vergüenza de su derrota. La repugnancia, el asco de la acción, lo enervaba tanto como la debilidad de los soñadores, que le empobrecía los músculos hasta el extremo de hacerlo incapaz de ningún estuerzo sostenido. ¡El miedo de la vida! En vez de largarse se replegaba sobre sí, se escondía para cultivar en el misterioso invernáculo del reino interior las flores más peregrinas del alma, las flores de aromas exóticas que recuerdan las cálidas arenas del Yemen, los lotos de Africa y las plantas traidoras del país del opio, de las cuales se extraen los filtros que adormecen y las sustancias tóxicas cuyas virtudes supremas conoce Satán...

Cárls Reyles.

CORTESÍA LITERARIA

Entre las muchas cartas y felicitaciones de que hemos sido objeto, y que llevan la firma de los primeros literatos del país vecino y del nuestro, nos place dar á la publicidad las siguientes, que se distinguen por la brillantez del estilo y la profundidad en el concepto. La primera de ellas está suscrita por el redactor de "Instantáneas", consagrado como uno de los más distinguidos cultores de las letras argentinas, y la que sigue por el jóven y aventajado literato Alberto Guani.

Sr. Julio Herrera y Reissig.

Montevideo.

Mi estimado colega:

Hago un paréntesis á mis tareas árduas y cruentas, y contesto á su amable carta, algunos de cuyos conceptos no merezco.

He leído con sumo interés LA REVISTA, como leo todo lo que á la nueva generación intelectual atañe,—y más aún tratándose de una publicación que viene de ese hermoso país, lleno de sol, de perfumes y de brisas de mar. LA REVISTA me ha seducido. Su programa es una promesa. Noble y franco, lleva en sí el gèrmen del éxito, si la mano no flaquea y el corazón conserva incólume los impulsos puros del ideal.

El ideal! He ahí la cúspide: es necesario alcanzarlo. Está léjos, parece una de esas nubes, como gasas, que he visto velar á ratos la cresta de una montaña,—pero después, cuando sopla el pampero, el arco iris,

símbolo de esperanza, brilla en sus magníficos colores...

La juventud americana, que tiene en su alma los ardores generosos y las ternuras más sublimes, debe y puede realizar una obra que allí como acá y en otras naciones es santa: saturar el ambiente de esencias que conmuevan, vibrar en el espacio el himno de la vida en toda su grandiosa majestad, llevando al espíritu de los pueblos el beso glorioso de lo Alto, ese beso que parece una caricia de eterna melodía y de victoria infinita. Luchar, luchar, esa es la divisa, para que el materialismo no nos ahogue y caigamos en las ruinas de un edificio que fundaron brazos y cerebros llenos de fe y de divina inspiración.

Yo, que unido á compañeros esforzados, brego por despertar el alma argentina, otrora trémula de emoción ante el nùmen de Andrada, —no puedo menos que felicitar y alentar á los que, en la tierra de Zorrilla de San Martín, izan al tope, una enseña con reflejos de aurora y pliegues de nacar, que tendrá tantos soldados como almas y tantos cánticos como bardos le doblen las rodillas.

Sigo atentamente el movimiento literario del Uruguay, y no dudo que su empresa obtenga el coronamiento que merece. Conozco á muchos intelectuales de Montevideo, y no vacilo en creer que cerrarán las filas y recomenzarán la senda trazada luminosamente por los jóvenes que más se han distinguido en los torneos de las letras en ese país.

¿Vacilaciones? No. Cuando se posee el sentimiento del propio valer y se espera, no se flaquea. Detenerse, es fracasar. El fracaso es la muerte. El hombre es fuerte por su ideal y por su ensueño. La espada no es más que un emblema.

Yo confío en un resurgimiento, y entonces, los intelectuales entonaremos las cánticas más arrebatadoras, y los poetas sus odas más vibrantes, y los artistas forjarán sus modelos más acabados...

Por ahora, á la labor! Si hay cobardes, bien, que dejen girones en las zarzas del camino...

Reciba, pues, mis felicitaciones sinceras, acepta mi amistad y cuente con mi pobre cooperación en su REVISTA.

Su compañero,

Manuel María Oliver.

Buenos Aires, 23 Agosto 1899.

Sr. D. Julio Herrera y Reissig.

Mi estimado Sr. y amigo:

He sido honrado con una cortés invitación de usted por escrito, reiterada verbalmente, solicitando mi modesta colaboración para LA REVISTA.—Debo, ante todo, manifestarle que las presentes líneas no significan, en manera alguna, el cumplimiento de su pedido—sino mi adhesión á la iniciativa que ha inspirado la fundación del nuevo periódico, eminentemente intelectual, en cuyas páginas buscará el trabajado espíritu nacional momentos de fecundo reposo para las fatigas de la mente sacudida durante estos últimos tiempos tan solo por las exigencias imperiosas del periodismo batallador y de la política militante... Sí, mi estimado señor, hemos vivido una época de lucha abrumadora, de continuos combates—reales los unos, en las tristes jornadas de la guerra civil, semejantes los otros, en sus efectos, durante las lides democráticas de la paz institucional á cuyo afianzamiento propendimos todos en esferas más ó menos humildes, pero no por eso desprovistas de los anhelos patrióticos más ardorosos y absorbentes... Felizmente, ha sonado ya la hora de la fraternidad y del trabajo.—Suponemos que bajo el cielo inmaculado de nuestra naturaleza retoñarán los olivares nuncios de la concordia y del amor cívicos y que en la tierra virgen de nuestras industrias y de nuestro comercio vejetarán los progresos y adelantos materiales así como las zonas noveles de nuestro cultivo intelectual han de poblarse, florecientes, con el desarrollo de las buenas ideas á cuya sombra se expandan todas las virtudes, todas las riquezas, todos los grandes y generosos sentimientos del alma humana!

Junto con la labor política y administrativa que corresponde realizar honradamente á los hombres del poder, debe desarrollarse la labor moral entre los elementos del llano cuyas actividades han de encaminarse preferentemente hacia la educación común, hacia la ilustración pública, hacia la prédica del ideal, hacia la cultura perseverante del sentimiento popular que se abrillanta y se pule al fuego lento de la propaganda artística—de la hermosa forma literaria que conduce á la admiración, de la belleza y nos eleva á un ambiente de inspiraciones luminosas, sin preocupaciones mezquinas y miserables, sin odios, sin rencores, sin venganzas, sin las abominaciones rastreras de que es presa el hombre, que, como

la bestia, se entregara á la vida sombría del instinto ó de los placeres exclusivamente materiales.—*Vita sine litteris mors est*, decían los antiguos, —y al través de los años, de las edades, de las civilizaciones, todos los pueblos tendrán que rendir culto forzosamente á esa eterna verdad que nos enseña á difundir el amor á las artes y á las letras como suprema condición de la vida y de la felicidad universal.

Deseo pues, mi estimado señor, que el público favorezca su publicación favoreciéndose de esa manera á sí mismo, y cuente LA REVISTA con mi colaboración si ella puede servir de aliada á su pensamiento fundamental, cosa que dudo mucho por qué conozco al par que mi buena voluntad la pobreza de mis aptitudes y la escasez de mis fuerzas intelectuales.

Soy de Vd. att. y S. S.

Alberto Guani.

Montevideo, Septiembre 1.º de 1899.

NOTAS DE REDACCIÓN

AGRADECIMIENTO

LA REVISTA, agradece efusivamente la extrema amabilidad de sus colegas de Buenos Aires, de Montevideo y de nuestra campaña, que la han colmado de elogios, transcribiendo parte de su material y teniendo conceptos elevadísimos para su Director.

También agradece las mil felicitaciones de los particulares que se han adherido por carta á su propaganda, y entre las que se cuentan varias de los más brillantes literatos argentinos y de nuestro país.

DE MARÍA E. VAZ FERREIRA.—La simpática y aplaudida poetisa, cuyas últimas producciones llamaron notablemente la atención de nuestros intelectuales, nos ha honrado con una nueva composición, no menos inspirada que *Triunfal*, la que lleva por título *Primavera*, y es de lo más original y caprichoso que puede forjar una imaginación que no se separa nunca del arte y de la armonía.

Primavera servirá de portada triunfal al número próximo.

INSTANTÁNEAS.—Hemos recibido los números 29 y 30 de este interesante periódico, que ve la publicidad en la ciudad vecina. Como siempre, lucen hermosos grabados y se hallan repletos de interesante material.

LA NUEVA REVISTA.--Ha llegado á nuestra mesa de redacción este periódico, que ve la luz pública en la simpática ciudad de San José. Trae buen material y un hermoso grabado que representa al Jefe de los Orientales erguido sobre su pedestal de piedra y como respondiendo al saludo que le hacen las generaciones, eternamente gratas á su memoria.

La Nueva Revista se ocupa en extremo favorablemente de LA REVISTA y transcribe unos párrafos de nuestro Programa, encomiándolo de tal modo que no podemos menos de agradecerle y ofrecerle nuestras más exquisitas amabilidades literarias.

DE CARLOS REYLES.—Nuestro Director ha recibido una amable carta del celebrado autor de *Beba*, el que se halla actualmente algo delicado de salud, y que por prescripción médica no puede consagrarse hasta dentro de algun tiempo, á sus tareas intelectuales. En dicha carta, se adhiere con entusiasmo á nuestra propaganda, y promete su valiosa colaboración, teniendo de paso, conceptos de elogio para LA REVISTA.

DE LUIS BERISSO.—Próximamente engalanaremos las páginas de LA REVISTA con una brillante producción perteneciente al reputado crítico argentino Luis Berisso, de quien hemos recibido una atenciosa carta ofreciéndonos su valiosa colaboración y expresándonos el efecto que le causó el primer número de nuestro periódico, el cual es, á su juicio, en extremo interesante. Dicha producción irá acompañada de un retrato del erudito publicista porteño.

Por falta de espacio hemos postergado la publicación de varias producciones pertenecientes todas ellas á conocidos escritores nacionales.

Irán en el próximo número.

BIBLIOGRÁFICAS

EL PENSAMIENTO DE AMÉRICA, por Luis Berisso, 1 volumen de 418 páginas, con retratos.

Aunque este libro no es nuevo, pues lleva algún

tiempo de publicado, nos complacemos en dedicarle una de nuestras notas, señalándolo como digno del aprecio de los aficionados á las letras.

El señor Berisso ha hecho buena obra, enalteciendo literatos y pensadores de los más distinguidos de nuestro continente.

Así continúa su loable obra de americanista entusiasta, con su clara y perfecta inteligencia del pensamiento moderno.

Sea, pues, leído su libro, y gane apreciadores para el autor y los pensadores y literatos que enaltece!

EL MERCURIO DE AMÉRICA, —Revista mensual,—Buenos Aires, año III.

La Revista que dirige el distinguido escritor don Eugenio Díaz Romero, es un palenque en que prueban sus méritos los más notables representantes de la literatura americana.

Periódico muy moderno, de gran amplitud en sus colaboraciones y temas, abarca toda la literatura del continente y las manifestaciones más valiosas de la europea.

COLECCIÓN LEGISLATIVA DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY, fundada por el Dr. Alonso Criado y continuada por Emilio Alonso Martínez.

Se ha publicado el tomo de esta utilísima colección correspondiente al año 1898. Contiene toda la legislación del Gobierno Provisorio, y numerosas ordenanzas, acordadas, y documentos de carácter legal, bien ordenados.

LOS DEBATES.—Revista universitaria, mensual.

Hemos recibido los primeros números de la nueva serie de este periódico, en la que hacen sus primeras armas jóvenes estudiantes de nuestra Universidad. Hay en él manifestaciones muy halagüeñas de inteligencias precoces, y promesas de buenos cultores de las letras.

LA SEMANA MÉDICA.—Revista semanal—Buenos Aires.

Honra al cuerpo médico argentino esta publicación, en que colaboran sus más distinguidos miembros, con un caudal de ciencia y observaciones considerable.

En el último número que hemos recibido, el doctor Penna continúa sus notables lecciones clínicas sobre la fiebre amarilla, estudiando las epidemias que han assolado estos países.